

# JOSE MIRANDA\*

(1903-1967)

ANTES QUE NADA, debo hacer una aclaración: mi presencia en esta tribuna tiene un carácter esencialmente representativo. Lo que voy a decir es, parafraseando a Miranda y a muchos otros, una memoria colectiva, un conjunto de ideas comunes aisladas que mis compañeros y yo tenemos en la mente sobre el maestro y que todavía no se convierten en recuerdo.

Se nos ha invitado a tomar la palabra en este homenaje póstumo a José Miranda por diversos factores. Uno de ellos, sin duda el más importante y sin duda también el más difícil de comunicar a ustedes, es el emotivo. Otro, nuestra pertenencia a un centro de estudios en el cual la huella de Miranda es ya imborrable como imborrable será la presencia de su muerte en nuestra institución y en el ánimo de todos nosotros. Por último, es la ausencia del maestro, tal vez no sentida aún con plenitud, lo que nos ha animado, a mis compañeros y a mí, a asistir a esta velada con un solo propósito: hablar de Miranda, decir de él lo que conservamos en la memoria, y presentar a ustedes apenas un burdo esquema de lo que es y será para nosotros un gran hombre.

Queremos evitar, hasta donde sea posible, el empleo del tono que suele dirigir estas ocasiones. Queremos hablar del maestro con calor y con optimismo, porque nuestra juventud hace que no siempre estemos de acuerdo con la muerte, y porque tenemos grabada en la médula de los huesos la convicción de

---

\* Este texto fue preparado por Sergio Florescano, Bernardo García, Hira de Gortari, Victoria Lerner, Andrés Lira, Andrés Montemayor, Irene Vásquez de Warman y Guillermo Palacios. Fue leído por el último en el homenaje en honor de José Miranda que tuvo lugar en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

que Miranda habría rechazado todo sentimentalismo en el momento final.

Es un grosero lugar común en estos tiempos hablar de la imposibilidad de establecer una comunicación plena con nuestros semejantes —y es sabido que entre intelectuales este defecto se agrava hasta llegar casi al mutismo total. Pero no por trillada es menos cierta la afirmación anterior: se nos hace difícil hablar, se nos hace difícil expresar ideas y sensaciones y muchas veces la obra completa de un investigador se pierde por este peculiar tartamudeo conceptual. Pero se nos dificulta también el recibir, el aprehender la vida y, con ella, las características de otros hombres. Cedemos a una burocratización creciente que convierte poco a poco nuestras relaciones de trabajo en una serie de acuerdos sobre “cosas importantes”, y al ceder a este empuje perdemos todo sentido humano.

Queda aún, sin embargo, el humanista auténtico, el que, como fue labor diaria del doctor Miranda, busca colmar hasta lo imposible el receptáculo de su vida con la vida de aquellos que comparten su vocación, y hartar el de éstos con su existencia y sus conocimientos; queda el que rechaza toda relación cosificada, el que tiene que irse retirando poco a poco de instituciones y centros de investigación en los cuales la relación integral entre los hombres que ahí laboran pierde ya su carácter humanístico, deja de ser cada día más la fórmula maestro-discípulo para convertirse en la fría e impersonal de profesor-alumno.

Miranda, como el representante por excelencia de esta actitud, convirtió su actividad diaria en una lucha tenaz contra toda tendencia enajenante, no sólo en la sociedad en general —lo cual no cuesta mucho y, por el contrario, “viste” a quien lo hace— sino también dentro del maltratado medio académico al que perteneció. No hubo nunca para él más de dos posiciones: la de colega, con respecto a sus compañeros de trabajo, y la de maestro con respecto a quienes lo escuchamos. Y en estos nexos, en los que se daba plenamente y en los que esperaba recibir en igual forma, medió una sola condición: compartir toda in-

quietud humana auténtica, olvidando cualquier fórmula de trato, cualquier postura convencional.

Conocimos a Miranda, antes de verlo, a través de descripciones de quienes nos precedieron como alumnos y discípulos. Así conocimos a un hombre escéptico hasta la amargura, amargado hasta la autodestrucción, terrible y dolorosamente fiel a una sola causa: la imposibilidad de asir la verdad. Y desgraciadamente, esa es la visión que de Miranda queda en la mente de muchos profesores, de muchos investigadores, de muchos alumnos. Sin embargo, ustedes y nosotros, los que estamos reunidos aquí esta noche, tuvimos la ventura de conocer no sólo la apariencia, sino de atisbar la estructura íntima del hombre. Ustedes y nosotros sabemos que la excelencia de Miranda, como maestro y como ser humano, no estaba únicamente en la cátedra. En el momento de la exposición de un tema hablaba lentamente, haciendo grandes pausas entre frase y frase, dando casi la impresión de dificultad para expresarse, de cansancio, de desgano. A nosotros en particular nos costó tiempo llegar a comprender la naturaleza del obstáculo; nos costó tiempo entender que Miranda dejaba de sentirse maestro delante de su grupo en el momento de la exposición simplemente porque se alejaba de nosotros, porque tenía que repetir lo que ya estaba en los libros. Nos costó mucho todo eso, y tal parece que mucho va a costar comprender las razones que lo movían al exigir la predominancia en los programas de materias metodológicas que proveyeran al estudiante de instrumentos y medios de análisis.

Miranda poseía una inteligencia y una cultura poco comunes, y como es natural, esa situación de clara superioridad lo llevó al planteamiento de problemas ajenos a la mayoría de nosotros. Su mundo, por desgracia, no estaba dominado por hombres como él, sino por quienes observan la labor intelectual como el "ponerse de acuerdo" a que ya nos hemos referido. Dentro de ese núcleo, Miranda y otros pocos formaban un reducto al que paulatinamente se limitaban las esperanzas de una ciencia cultural moderna y generosa. Esta plena conciencia de la inferioridad numérica es la base ignorada en que se apoyan quienes conocieron a Miranda como hombre pesimista y negro; y aquí

vale una aclaración, no por disculpar al maestro, de lo cual no hay ninguna necesidad, sino por vanagloriarnos una vez más de haberlo conocido: Miranda tuvo siempre una confianza inmovible en las capacidades humanas, una fe conmovedora en cuanto a sus posibilidades; el pesimismo llegaba en el momento de hablar de las condiciones presentes dentro de las cuales tendría que moverse esa potencialidad.

Miranda se entregó de lleno, con todo el amor que era capaz de dar, a un tipo de relación que ya empezamos a extrañar: la de la pregunta y la respuesta llanas, honestas, la de la discusión basada en inquietudes y angustias sinceras y compartidas. Concedor a fondo de las más diversas elaboraciones humanísticas, a las que había pulsado con ánimo certero de concedor del hombre, reprobó siempre su utilización como fuente de prestigio, como simples evidencias de "cosas importantes", detrás de las cuales no se encontraba frecuentemente un deseo sincero de comprensión y conocimiento.

Y este fue el pretendido negativismo de Miranda. Pero nosotros, como ya dije antes, somos testigos de algo más. Por esto se nos perdonará que hablemos de nuestra experiencia como grupo y de nuestra experiencia personal con el maestro. Ojalá esto se entienda como presunción de nuestra parte, porque efectivamente nuestro trato con él es y será una de nuestras mayores fuentes de orgullo. Se nos perdonará también que este recuento no sea más que eso: un reunir los rasgos más notorios a nuestros ojos de una personalidad compleja y extraordinaria como pocas.

Miranda continuó una estirpe ya casi extinguida: la de los Maestros, con mayúscula. Casi todos los que lo precedieron en esta cadena de formadores acusaron, en mayor o menor grado, sus defectos y sus virtudes, condición indispensable de la grandeza. De aquí que todo elogio, toda crítica a Miranda parezca ya oída anteriormente.

Hombre comprometido como pocos, se entregó a una tarea que significaba la confesión diaria, vehemente, de su confianza en las capacidades humanas. Su compromiso, que una vez fue político, era, ya desde hace cuatro años, humanista; era un

compromiso con la verdad, con la comprensión y con lo relativo de toda aseveración y de todo juicio categórico. Múltiples veces, en clases, en seminarios, en pláticas informales, se pronunció en contra del investigador dogmáticamente "comprometido" con una corriente del pensamiento, y en contra también de quienes consideran todo tipo de compromiso como un descender de alturas purificantes. Y para comprender este pronunciamiento de Miranda basta recordar aquello en que se apoyaba: su antigua apasionada militancia ideológica y un profundo conocimiento de las ciencias humanas, factores ambos que lo llevaron a la negación de la posibilidad de una ciencia cultural objetiva.

Dióse en Miranda el ejemplo de lo que para el historiador debe ser la vivencia: un criterio, una guía en la acción, una base que aporte pruebas sólidas para la validez de sus interpretaciones. "Quitarse las orejeras", fue una frase que algunos de nosotros tuvimos que escuchar sistemáticamente en su seminario, más veces, quizá, de las necesarias para una saludable estabilidad vocacional. Despojarse de prejuicios, decía Miranda, de esquemas prefabricados, abrirse a una verdad que puede ser la más cercana a lo definitivo y que está por llegar, ver la historia y el desarrollo del hombre con ánimo virgen, con la firme disposición de rectificar lo dicho, de renunciar a lo afirmado y de aceptar, si las evidencias así lo exigen, una verdad por muy contraria que sea a nuestra anterior interpretación del mundo. Así, el historiador no termina nunca de concebir su universo; su verdad será siempre parcial, sólida mientras su ciencia no avance hasta el punto de necesitar nuevos hallazgos; el historiador, pues, consagra su vida a una búsqueda de innumerables fragmentos. Consecuencia de lo anterior, y bien lo veía Miranda, es la inseguridad cósmica, la ambigüedad del intelecto, el problema del conocimiento. La salida parece ser una sola: aceptar con humildad las limitaciones del hombre, concebir la verdad como determinada por múltiples factores, uno de los más importantes, sin duda alguna, el investigador mismo. Y Miranda, célebre por su orgullo y su soberbia entre quienes no pudieron o no quisieron traspasar la fachada, fue en este sentido

uno de los hombres más humildes que hemos conocido. Pero humildad no debe entenderse en su caso como derrotismo, ni como abandono de su puesto, ni como renuncia a la posibilidad de conocer, sino como el simple colocarse en el plano en el cual el hombre puede buscar las causas de sus inquietudes sin caer en la desesperación o en el endiosamiento.

Pero no somos, como lo quiso el realismo del siglo pasado, hombres de una sola pieza; no somos buenos o malos, humildes o soberbios. Lo somos todo a un tiempo, y esto es un argumento más en favor no sólo de la relatividad del conocimiento, sino de la relatividad misma de la condición humana. Porque junto a esa humildad a que nos hemos referido vivía en Miranda una rebeldía tan honda, tan auténtica, que muchas veces sentimos nuestro inconformismo infantil y ridículo. Rebelde como militante, rebelde como intelectual, y rebelde como hombre vivo en un mundo de cuya responsabilidad individual fue siempre consciente.

Esa humildad y esa rebeldía, ese compromiso cotidiano con la honestidad intelectual, y sobre todo ese llamar a las cosas por su nombre, sin adornos innecesarios, llevaron a Miranda a una soledad indescriptible. Y así, su pesimismo, si lo hubo alguna vez, encontró terreno fértil. Miranda se quedó solo. Soledad por España, soledad por verse rodeado de falsa comprensión, soledad por estar materialmente solo. "El conocimiento de un ser —dice Malraux— es un sentimiento negativo; lo positivo, la realidad, es la angustia de permanecer siempre extraño para aquél a quien se ama". Sin embargo, nosotros creemos haber compartido alguna vez esa soledad descomunal y haber superado esa angustia; seminarios y charlas nos parecen ahora, además de un experiencia única que no veremos repetirse, un descanso para Miranda, un momento en que barruntaba la posibilidad del entendimiento y la franqueza como norma de vida. No le importó nunca llegar a la testarudez en sus discusiones con nosotros, ni a nosotros nos importó declarar abiertas discrepancias que, por el cariño mutuo, sólo reforzaron el inmenso respeto que le tuvimos.

Miranda fue un hombre en quien vivió la costumbre del dolor. Nosotros, como sus discípulos, lo sentimos en cada una de sus palabras; un dolor que venía de España, que se nutría con el exilio, que se agigantaba con una vida desgarrada, apenas intuida por nosotros. Fue un dolor tan indescriptible, tan cotidiano, tan inmensamente sentido que sólo hemos encontrado una frase capaz de dar su medida. Es de César Vallejo:

Hay golpes en la vida, tan fuertes . . .  
Golpes como del odio de Dios . . .

El doctor Miranda fue el maestro del grupo y el de cada uno de nosotros, en una medida que trascendió la vida académica y los intereses puramente vocacionales. La relación fue siempre, durante los años que lo tratamos, de un equilibrio des-acostumbrado. Suena casi justo, pues, que ahora seamos nosotros los que estemos solos.

Lo que nosotros le debemos al maestro no cabe en estas líneas, porque la herencia que hemos recogido proviene de un hombre íntegramente dedicado al trabajo serio y personal, sin mezquindades ni egoísmos. El caudal, bien lo sabemos, es inagotable. Y en este momento, queremos hacer una profesión de fe: nos proponemos continuar a Miranda, no en talento ni en capacidades, lo cual sería pretender demasiado, sino en la que nosotros creemos que fue su verdadera actitud ante la vida. Manifestamos querer hacer nuestras su rebeldía y su intransigencia, su preocupación constante por la honestidad intelectual y por la entrega sin reservas a la causa elegida. Nuestros serán a un tiempo su relativismo y su confianza en las capacidades humanas, como nuestro es ya su entusiasmo por la investigación. Hemos dicho lo anterior porque, sobrestimándonos, intentamos apropiarnos también de su valor y de su franqueza.

Queremos terminar declarando solemnemente que aquella parte de nuestra obra futura que tenga algún valor se deberá a José Miranda y será, por tanto, un tributo constante que rindamos los últimos discípulos al Maestro.